

NUESTRA PERCEPCIÓN DE LOS GRUPOS PREAGRÍCOLAS EN EL CARIBE

A. GUS PANTEL



Autor de notables aportes a la arqueología, el Doctor en Filosofía por Tennessee, USA, **Agamemnon Gus Pantel** se ha especializado en aspectos teóricos y metodológicos de esta ciencia, así como en los estudios sobre las comunidades preagrícolas en el Caribe.

Tomando el principio del siglo xx como punto de partida de los estudios sobre los grupos precolombinos en el Caribe, podemos examinar los cambios ocurridos en nuestra percepción de esos grupos. Los trabajos de instituciones norteamericanas en las primeras décadas del siglo xx (como los de Harrington, Osgood, Rouse, Kreiger y otros) rápidamente establecieron el concepto de un período preagrícola basado en la existencia de artefactos de piedra, o sea, de lítica lascada, en la isla de Cuba y luego en La Española. Utilizando las referencias historiográficas acerca de la llegada de Cristóbal Colón a Cuba y el período de la conquista, los investigadores norteamericanos nombraron esa cultura preagrícola como siboney. También usando estas mismas referencias historiográficas, la literatura arqueológica del Caribe diferenció rápidamente a estos grupos preagrícolas (siboneyes) de los grupos agrícolas más tardíos, conocidos por taínos.

La literatura de las Antillas continuó siendo desarrollada por autores angloparlantes que incorporaron conceptos sobre modos de vida, tecnología, modos de producción y organización social que utilizaban patrones culturales europeos, y más aun, continentales. La literatura y el conocimiento popular sobre los primeros pobladores precolombinos de las Antillas elaboraron rápidamente un patrón que los clasificaba como cazadores y recolectores, los que luego fueron conocidos en la literatura por los nombres de siboneyes, arcaicos, precerámicos y hasta paleoindios. Supuestamente éstos fueron remplazados en las Antillas por nuevas migraciones de grupos agrícolas sedentarios.

Debemos reconocer que estas terminologías sobre los grupos preagrícolas —aún usadas conscientemente como mecanismos heurísticos— llevaban consigo un bagaje de connotaciones sobre mo-

dos de vida, tecnología y grado de organización social que no estaban hechas a la medida del registro arqueológico, sino que habían sido adoptadas como conceptos universales y fundamentales. La utilización de definiciones y estereotipos promulgó y extendió en gran medida la visión de que las islas del Caribe

verdaderamente contenían grupos marginales, en lugar de núcleos con desarrollos potencialmente atípicos pero verdaderamente válidos en la realidad de sus medioambientes.

Esa visión de grupos marginales debió de tener como base la premisa de que los primeros pobladores de las islas llegaron bajo condiciones adversas, y que por ende la formación de los grupos iniciales no fue planificada, sino amorfa. Hasta la década de 1970 se encuentran referencias sobre los primeros pobladores de las Antillas como individuos que llegaban agarrados a troncos de árboles flotantes durante las tormentas. Retrospectivamente, esto nos parece claramente absurdo; sin embargo, el concepto de grupos no organizados y "primitivos" en su capacidad para enfrentar la naturaleza terminaba —tanto en la literatura profesional como entre la población general— en los conceptos populares. Hay que tomar en consideración que, con algunas excepciones notables pero sumamente escasas, la investigación colateral de los períodos agrícolas y el desarrollo de la literatura sobre los grupos organizados a partir de la domesticación de plantas, dominaba en gran parte la investigación y la literatura de las Antillas.

El énfasis en el análisis de la alfarería precolombina de las Antillas llenaba —y en gran parte sigue llenando— el mayor volumen de la investigación y la literatura. Esto se atribuye en buena medida al extenso desarrollo analítico en torno a la cerámica y a la posibilidad de la alfarería de proveer información directa sobre cronologías, linaje y específicamente patrones de movimiento de grupos en migración, junto a la abundancia y la apreciación estética de las múltiples manifestaciones existentes en las Antillas a través del material primario arcilla. Por el contrario, los artefactos líticos de los períodos precolombinos fueron mayormente aquéllos de piedra pulida que florecieron durante los períodos tardíos en múltiples manifestaciones, como cemis, amuletos, aros, hachas petaloides y otros objetos de gran atracción estética.

Los artefactos de piedra lascada ocupaban un puesto menor en la literatura por varias razones. A veces el aspecto rudimentario de muchos de ellos hacía difícil diferenciarlos a primera vista de las piedras naturales. En las Antillas, los artefactos de piedra lascada tendían a ser resultados de procesos básicos de confección, sin los detalles y la elaboración de otros artefactos con trabajos secundarios, encontrados comúnmente en las áreas continentales y atribuidos a grupos paleo y mesoíndios. Esto, junto a su baja presencia en los yacimientos, si se compara con los artefactos no líticos, probablemente impulsaba el concepto de que no proveían más información analítica que la relacionada con unos grupos que básicamente llevaban a cabo vidas rudimentarias y fácilmente predecibles. Según muchos de los

investigadores, los períodos agrícolas se percibían —consciente o inconscientemente— más elaborados, complicados y significativos en el desarrollo cultural de los grupos indoantillanos.

EL AJUAR TECNOLÓGICO

En varias ocasiones anteriores hemos presentado los elementos inherentes a la producción de artefactos líticos según su material primario. La piedra lascada, a diferencia de la cerámica, envuelve exclusivamente procesos de reducción de la masa primaria, sin oportunidad alguna de añadir material a la masa inicial. Este aspecto tecnológico limita en parte las variantes posibles según el material primario, y por ende a veces provee menor información que la cerámica. Sin embargo, hay que reconocer que la piedra lascada fue utilizada como artefacto primordial y esencial en los modos de producción durante todos los períodos precolombinos, tanto de cazadores, como de recolectores, como de agricultores. Salvo por el trabajo en oro y guanín, hasta el momento del contacto europeo, la metalurgia era desconocida en las Antillas.

Tomando este factor como elemento diagnóstico sobre la formación de modos de producción, aún no hemos podido separar los artefactos líticos fundamentales para actividades agrícolas de los necesarios para actividades de recolección y/o cacería. Podemos, eso sí, extrapolar y conjeturar sobre algunos de los artefactos para la preparación de herramientas en madera. Por ejemplo, podemos proyectar las diferencias entre la morfología de un artefacto lítico necesario para la preparación de astas de flechas y la morfología de un artefacto servible para la descuartización de una tortuga de mar.

También hemos postulado en el pasado dos vías analíticas para descodificar un conjunto lítico de cazadores y/o recolectores: por un lado, examinamos la fauna y flora disponibles para la base de subsistencia e inferimos un ajuar tecnológico necesario para explotar esos nichos medioambientales; o, en el lado opuesto, examinamos el ajuar tecnológico de un yacimiento real e inferimos las acciones posibles sobre la base de la morfología de los artefactos en sí.

Si tomamos la primera y miramos al medioambiente como premisa primordial, el ajuar que inferimos para explotar ese nicho ambiental nos dará una base artefactual que podríamos buscar en el conjunto arqueológico. La presencia de esas clases de artefactos en un yacimiento arqueológico nos llevará a concluir que el grupo que ocupaba el yacimiento hacía tales y cuales artefactos porque el medioambiente lo exigía. La ausencia de estos artefactos nos llevará a las conclusiones de que los elementos ambientales que requería tal o cual clase de artefacto estaban ausentes, o que existían, pero eran de poco interés electivo para el grupo. Esta línea deductiva es la más orientada hacia el determinismo geográfico.

La segunda vía analítica examinaría la información artefactual de un yacimiento y utilizaría un análisis morfológico funcional para determinar las acciones posibles con cada artefacto o grupo de artefactos.

Ambos procesos dependen de la aplicación de los métodos de la lógica aristotélica, que tiene un fallo fundamental en razón de que, si las premisas iniciales se consideran válidas, las conclusiones lógicas serán igualmente válidas, aunque dichas premisas fueran históricamente erróneas. Por eso, conceptos como el del mundo plano no solamente pudieron ser propagados a lo largo de generaciones en la opinión pública, sino que servían de base para teorías e hipótesis científicas.

Por esta razón creo necesario ir más allá del análisis empírico de los artefactos líticos (la tecnología) para el entendimiento de los procesos formativos de los grupos preagrícolas en las islas antillanas.

BASE DE SUBSISTENCIA; EL DESARROLLO JERÁRQUICO DE GRUPOS NOMÁDICOS VS SEDENTARIOS; DIFERENCIAS FUNDAMENTALES ENTRE ÁREAS CONTINENTALES VS ISLEÑAS Y ZONAS TEMPLADAS VS TROPICALES

La información sobre la base de subsistencia de los grupos preagrícolas en las Antillas inicialmente se enfoca hacia la recolección de mariscos, y por ende se impone una asociación con actividades fundamentalmente marítimas. Estas asociaciones conceptuales de la explotación del mar son lógicamente apoyadas por el razonamiento de que los primeros pobladores de las Antillas venían por medios marítimos, y de ahí se asumió su orientación hacia el mar y su base de recursos naturales.

En el inicio y primera mitad del siglo XX se mantuvo este enfoque de los grupos preagrícolas asociados con el mar, y uno de los artefactos más llamativos en sus períodos fue la parte interior de la concha *Strombus gigas*, o sea, la gubia. Esta línea de pensamiento sigue siendo apoyada por los hallazgos de yacimientos precerámicos en las Antillas y las áreas costaneras de la cuenca del Caribe, a través del material lítico asociado con concheros y la ausencia de material ceramista.

Sin embargo, la línea lógica de pensamiento de que los primeros pobladores de las Antillas vinieron de las áreas continentales sembró una inquietud y la necesidad de postular la existencia de grupos de paleoindios, pues las fechas de radiocarbono para yacimientos en las Antillas, junto con la aparición de artefactos grandes en La Española, sugerían unos modos de vida basados en los conceptos clásicos continentales de cacería de bandas.

Esta línea de pensamiento fue desarrollándose en las Antillas por medio del postulado de que grupos de cazadores y recolectores llegaron a esos territorios durante el tercer o cuarto milenio antes de

Cristo, con un ajuar tecnológico que respondía a una base de subsistencia fundada en la cacería de megafauna. También se postulaba que este modo de vida permaneció durante varios milenios, hasta variar gradualmente hacia modos de vida basados en la recolección y la pesca marítima, junto a un creciente cambio hacia la recolección más orientada hacia la tierra. Este proceso "evolucionario", resumido por autores como Kowzowski, para Cuba, y Cruxent y Rouse, para La Española, postula un cambio lento y extendido a través de varios milenios, en el que la persistencia de modos de vida surge de la base tecnológica. Kowzowski, por ejemplo, ve la modificación del ajuar tecnológico como un cambio selectivo y consciente de los grupos que se desarrolló a un ritmo sumamente lento.

Esta visión de los grupos preagrícolas a nivel de "bandas" que habitaron las Antillas durante largos períodos y con un modo de vida semejante a los cazadores paleoindios, surgió de un proceso lógico consciente o inconsciente, a partir de patrones continentales establecidos en Europa, Norteamérica, Sudamérica y otras masas terráneas sustanciales.

Hay que recordar que en la mayoría de los casos las premisas fundamentales de cazadores en bandas nomádicas surgieron de unas realidades medioambientales donde manadas de animales aparecían en ciertas épocas del año y migraban grandes distancias sobre áreas continentales.

La migración de los animales como base fundamental y esencial de subsistencia, es el estímulo detrás de la organización social de las bandas y su naturaleza nomádica. En el desarrollo jerárquico sociocultural, la transición del nomadismo al sedentarismo, y por ende los cambios en el tamaño y naturaleza del grupo, depende de la disponibilidad de una base de subsistencia más estable en una localización geográficamente más limitada. En su transición clásica (tomada de la literatura sobre Europa templada) la domesticación de plantas provee el elemento catalítico para el sedentarismo, mientras que el "capricho" de la naturaleza en su forma salvaje y silvestre promueve el nomadismo.

Debemos iniciar una seria reevaluación de las premisas fundamentales en torno a los cambios jerárquicos de los grupos precolombinos de bandas hacia el *status* cacical, en el entorno de un medioambiente isleño y también en la realidad de una zona tropical, en vez de los patrones clásicos templados, continentales, con sus abruptas variaciones estacionales. La realidad geográfica de la zona terrestre reducida de una pequeña isla caribeña, frente a la de un área continental, presenta diferencias obvias. Reconocemos que las áreas continentales también tienen sus fronteras geográficas en forma de montañas, grandes ríos, lagos o áreas desérticas

Persepolis

de gran extensión; sin embargo, la magnitud geográfica que alcanzan las masas en los continentes es sumamente grande si se mide a escala humana. Con pocas excepciones (algunas notables), la variación de la base natural de recursos es limitada dentro de un área geográficamente extensa. Al contrario, muchas islas y muchas áreas de las Antillas Mayores poseen una gran variabilidad de recursos naturales como base de subsistencia, que coexisten en unas distancias geográficamente alcanzables a escala humana.

La utilización de una base natural tan diversificada como el bosque tropical húmedo, llanos aluviales, sistemas estuarinos, lagunas, manglares, playas, y recursos marítimos pelágicos, es viablemente realizable en un día por un grupo establecido en un punto fijo. O sea, en el caso de Puerto Rico, la periferia costanera provee múltiples zonas donde esas condiciones pueden existir. Un grupo nuclear podía fácilmente establecer una base permanente en un punto medio entre el litoral y el sistema de la cordillera, y tener acceso continuo a una gran diversificación de recursos naturales en el límite de un día. Hay que reconocer que la viabilidad de proveer una estabilidad física de asentamiento a través de la cacería y/o la recolección suministraría el potencial para el desarrollo de patrones de asentamiento y evolución sociocultural con una posibilidad de crecimiento poblacional no semejante a los patrones reconocidos en áreas continentales, como Europa o las Américas.

Hay que preguntar si esta condición de la naturaleza sirvió como un agente catalítico para un desarrollo acelerado del sedentarismo, y qué cambios tecnológicos y socioculturales pudieron resultar de la realidad del medioambiente isleño tropical. También hay que reexaminar el paso cronológico de los cambios tecnológicos y culturales, y examinar si bajo esas condiciones los cambios fueron acelerados por unas circunstancias favorables, o si esas condiciones ambientales fomentaron una estabilidad extraordinaria que provocó cambios tecnológicos y culturales menos perceptibles.

Nuevos yacimientos, con fechas tempranas del tercer milenio antes de Cristo, como el de Maruca, en Ponce, Puerto Rico, sugieren que la diversificación tecnológica manifestada en el ajuar lítico ocurrió temprano durante el inicio del poblamiento de las Antillas, y no como resultado de una "evolución" extendida a través de cambios lentos y prolongados. Lo que hay que ver es si esta diversificación tecnológica fue el resultado de una adaptación oportunista, que aprovechó la riqueza y la diversidad del medioambiente isleño, o si el ajuar tecnológico refleja un proceso de experimentación con nuevos materiales.

En nuestra manera de entender los grupos preceramistas y su papel en la formación y diversificación de los grupos ceramistas, los yacimientos precolombinos tienen que ser estudiados dentro de un marco

teórico que responda no solamente a las realidades del material primario de confección de los artefactos tecnológicos, sino a las condiciones medioambientales. Hay que ser, sin embargo, cautelosos al diferenciar entre el valor de los aspectos medioambientales en el nivel fundamental de subsistencia y su peso en la interpretación de los elementos superestructurales de la sociedad.

Como señalamos anteriormente, el fallo fundamental de nuestro pensamiento occidental, que utiliza la lógica aristotélica, radica en olvidar que las premisas básicas, o sea, de infraestructura, tienen que estar en consonancia con la realidad medioambiental y geográfica, único modo de que los presupuestos válidos para elaborar los conceptos de supraestructura sean históricamente más firmes en su constitución y aplicación.

Por ende, creo que como profesión que llega al siglo XXI, la arqueología debe reconocer que el estudio e interpretación de los yacimientos preagrícolas no es importante solamente para señalar la antigüedad y las rutas de migración de los pobladores ancestrales de las Antillas, sino que las realidades históricas de éstos, así como sus éxitos y fracasos contribuyeron fundamentalmente a la formación y la caracterización de las culturas agrícolas en los períodos más tardíos.

Al relegar el estudio de los yacimientos precerámicos como un elemento disyuntivo de la continuidad histórica en la formación de las culturas agrícolas, se fomenta un impedimento cognoscitivo ante nuestro proceso científico de entendimiento de los procesos socioculturales que crearon las realidades históricas de los grupos precolombinos del Caribe. ❄

